

que dejaron 20 000 km cuadrados totalmente arruinados, y una gran parte de la población afectada: deformes, sin brazos, sin piernas, etc., o interesarse, en el viaje al sur, por la suerte de las propiedades de los antiguos caucheros.

A lo largo del libro se aprecia que Molano es un viajero interesado en vivir y no en pasar, que en la medida de lo posible evita la “contaminación” del turismo y el ceñirse a las guías turísticas, por lo que se aproximó y analizó la vida cotidiana de realidades como la cubana, y diseñó su propia hoja de ruta con objetivos propios, como fue el caso de Sicilia, donde, además de visitar varios pueblos y ciudades en búsqueda del porqué de la mafia, se preocupó por conocer el Palacio Ganci-Valguarnera, sitio en el que Luchino Visconti filmó parte de *El Gatopardo*, y las Catacumbas de los capuchinos, allí Francesco Rosi rodó *Cadáveres excelentes*, o en Tailandia, país en el cual su objetivo principal fue conocer el mítico triángulo del opio formado por Birmania, Tailandia, Laos y China; o en el Perú quiso conocer y describir el puerto de Paíta en el que vivió exiliada sus últimos años Manuela Sáenz (1808-1856), la “adorable loca” como la llamaba El Libertador Simón Bolívar. Desmitificó muchas ideas preconcebidas, o estereotipadas, sobre fenómenos como la mafia siciliana, el desierto del Sahara, los árabes, aunque en los oasis comprobó que estos eran como se pintan. Periplos en los cuales utilizó diversos medios de transporte, algunos exóticos para nosotros como el dromedario, pero donde fue fundamental su “amor” por caminar; y comer, hasta donde le fue posible, los platos típicos de cada paraje que visitó.

Cinco de las nueve crónicas tienen que ver con procesos revolucionarios y, sobre todo, la “utopía armada” que ellos generaron en diferentes momentos de la segunda mitad del siglo XX, es entonces particularmente importante la reconstrucción que Molano hace de la irrupción zapatista en Chiapas (México), a partir de 1994, destaca su carácter étnico, la importancia del problema agrario, el fundamental papel cumplido por el obispo Samuel Ruiz, quien desde 1968 entendió que respetar la cultura indígena era respetar a

Dios, y su particular interpretación de los enunciados de la teología de la liberación, los que comprendió no como revolucionario, sino como una esperanza, y los tomó como bandera de acción para su compromiso con los oprimidos, lo que se extendió luego al movimiento zapatista, desde el comandante Marcos para abajo. En el caso de Cuba nos recuerda que la Reina de las Antillas se convirtió para los adolescentes y jóvenes de los sesenta y setenta en el Faro de América, como también que a pesar del inicuo bloqueo estadounidense la isla y los isleños han defendido, gracias a la inventiva, su autonomía. De Vietnam destacó que ese país, junto con Cuba, representa la rebeldía de un pueblo frente al gran imperio del siglo XX, es uno de los más densamente poblados del planeta, en el que conviven la cultura y la economía milenaria con las del capitalismo y el comunismo. En el “Viaje al Sur” reconstruyó, en rápidos brochazos, la historia de Sendero Luminoso, el movimiento maoísta y radical fundado por el filósofo Abimael Guzmán, que nació en la andina e histórica ciudad de Ayacucho, la misma en que en 1536 se levantó Manco Cápac contra el Imperio español en América, y en 1824 los patriotas lo derrotaron de manera definitiva. En esa misma crónica contó varios pormenores del narcotráfico en el Perú y su relación con el colombiano; destaca en especial la conformación de grupos paramilitares en ambas naciones. Sin embargo, su principal objetivo fue recorrer, con carácter de peregrinación emocionada y conmovedora, los mismos sitios en los cuales en 1952 y luego en 1967 estuvo el “Che” Guevara, primero como viajero, luego como guerrillero revolucionario, pero aprovechó para visitar la provincia argentina de Misiones, donde transcurrieron los primeros años del “guerrillero heroico”. Sin lugar a dudas, el “Che” constituye para Molano, como para varios colombianos y latinoamericanos, todo un icono, baste con recordar que hasta no hace mucho tiempo no había pieza de habitación en que no se encontrara un afiche del “Che”, fotografía de Korda, con el clásico poema de “bienvenida sea la muerte...”.

En forma permanente se aprecia el sello que Ernesto Guhl imprimió



a muchos de sus estudiantes en las inolvidables correrías por los páramos colombianos: el leer los espacios, los lugares, los pueblos y las ciudades, analizar y comprender los distintos paisajes, como el Sahara, Vietnam, Tailandia, muy diferentes y, sobre todo, culturalmente extraños; así como la huella de la admiración por algunos personajes históricos como Simón Bolívar, el “Che” Guevara, Francisco de Orellana y Arturo Cova, el personaje de *La vorágine*, sin dejar de lado una permanente comparación con regiones, paisajes y lugares colombianos, logrando capitalizar, sintetizar y transmitir a sus lectores lo observado, con sus análisis e inquietudes.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública

Realismo crudo

El lado oscuro del trópico

ROBINSON QUINTERO RUIZ

Editorial La Iguana Ciega, Barranquilla, 2012, 113 págs.

EL TEXTO de contracubierta comienza: “Escrito en lenguaje descarnado; directo, estas crónicas urbanas muestran todas esas terribles realidades diarias de una ciudad tropical”, y termina con la frase: “Un verdadero escrutinio de los azahares de la marginalidad”. Quizá la intención era comparar a un grupo de seres de los barrios más violentos y pobres de

Barranquilla con la fragante flor del naranjo, pero al leer las páginas de este libro de Robinson Quintero Ruiz, uno se convence de que no se buscaba dicha paradoja, no, que todo obedece al descuido.

Es posible que algunos autores consideren que una prosa poco elaborada conviene a la crónica, sobre todo a aquella que se interesa en los aspectos menos glamurosos de nuestras sociedades, pero semejante propósito se olvida de un presupuesto fundamental: la literatura no es la vida y, en la inmensa mayoría de los casos, tampoco es espontánea. Conseguir que el lector sienta la rudeza del mundo implica concebir un estilo y trabajar en él, construir la brusquedad, pintar el desasosiego con palabras. Pero *El lado oscuro del trópico* es simplemente desprolijo: repeticiones innecesarias, rimas involuntarias, adverbios terminados en “mente” un renglón tras otro, como si la idea fuera contradecir una de las terquedades más conocidas de Gabriel García Márquez, errores de concordancia y descuidos narrativos que implican, por ejemplo, madres de treinta años que tiene hijos bastante crecidos. A estos descuidos hay que sumar la búsqueda de símiles forzados que quieren ser sorpresivos y contundentes: “La emoción de tener un público presente que corea su presentación lo hace sentir como una tableta de Alka-Seltzer en el fondo de un vaso de agua” (pág. 27).

Y es una lástima, porque el lector quiere llegar hasta la historia de Danny Explosivo, el hijo de Adelina Moscoso, fanático de la rumba picotera que consideraba su juego fabricar y vender armas de fuego, y caminar por



la “Zona de nadie” con María Elvira, la Maga, una mujer de cuarenta y cuatro años que dedica su vida a alimentar a los más peligrosos y los más necesitados, “Una especie de campanita de los desposeídos” (pág. 89) en la Tierra del Nunca Jamás, o saber cómo llegó Maribel Puertas, la Ñata, a ser una de las prostitutas más viejas de una de las zonas más deprimidas de Barranquilla, y cómo sobrevive después de treinta y siete años de caminar las calles, con sus cuatro hijos y sus cinco nietos. Los personajes a los que Quintero Ruiz observó, acompañó y entrevistó son atrayentes y tienen cosas para contar y, precisamente por eso, merecen un tratamiento literario muchísimo más cuidadoso, la solidaridad de una visión menos apurada, un ejercicio de reflexión que los aparte del tema, que les permita escapar en la página de la marginalidad a la que los ha condenado la inequitativa sociedad en la que viven y sus propias decisiones y errores.

De las diez crónicas que componen el libro, huérfano de índice y dividido en dos partes: “Los hijos de un dios menor” y “En la ciudad de la furia”, muchas de ellas con títulos provenientes de canciones y películas, prefiero “Bocanadas de humo”, la historia de Misael el Gallo, expendedor y consumidor de marihuana que se niega a vender otro tipo de drogas alucinógenas porque “no le gusta dañar la salud de las personas” (pág. 37). Esta especie de chamán urbano, que vio jugar a Garrincha en el estadio Romelio Martínez y trabajó en la construcción del Estadio Metropolitano Roberto Meléndez, pero que nunca ha ido a ver un partido de su amado Atlético Junior allí; que disfrutó del cine de los setenta y los ochenta y se atreve a enumerar las cinco canciones de una banda sonora de lujo: *Stairway to Heaven* de Led Zeppelin, *Another One Bites the Dust* de Queen, *Black Magic Woman* de Santana, *Another Brick in the Wall* de Pink Floyd y *Emotional Rescue* de Rolling Stones; que vende contrabando que le envía desde San Andrés la hija de una de sus amores –la negra encoñadora que una vez lo hizo comerse una burra en frente de ella–, y hace rifas para complementar los ingresos que recibe por la venta de *Cannabis sativa* en los

alrededores del cementerio católico de Barranquilla; que vive con su madre y se moviliza en una bicicleta a la que llama “la burra mocha” porque no tiene frenos, es presentado por Quintero Ruiz de una manera que resume, en muchos sentidos, el sentido del libro (valga la repetición): “Para este hombre de andar acompasado, delgadez extrema, mirada de bacán de esquina, nariz prominente y corte de cabellos de los años setenta, las calles, la gente, la noche, la rumba hacen de Curramba el mejor vivero del mundo, son la brújula mágica de su vida” (pág. 35).

Las calles, la gente, la noche y la rumba de Curramba, el mejor vivero del mundo, pueden ser el mejor tema literario del mundo si las palabras que las describen tienen la vitalidad del trópico y están escritas desde la conciencia artística de un talento que no confía tanto en sus innegables capacidades.

Octavio Escobar Giraldo

Profesor, Universidad de Caldas

De exclusión y honestidad

Vista desde una acera

FERNANDO MOLANO

Editorial Planeta, Seix Barral, Biblioteca Breve, Bogotá, 2012, 257 págs.

HAY VARIOS puntos sobre esta novela que resulta preciso apuntar de entrada. Primero, es una novela inacabada, no solo porque su autor murió antes de terminarla debido a complicaciones del sida, una enfermedad cuya sombra es central en la novela, sino porque se trata, literalmente, de una obra rescatada a partir de un borrador. Una amiga y compañera de universidad de Molano Vargas –cuya única novela publicada en vida fue *Un beso de Dick*, ganadora del Primer Concurso Literario de la Cámara de Comercio de Medellín en 1992 y que se volvería luego objeto de culto– encontró el borrador que Molano entregó para cumplir con los requisitos de la beca de creación de Colcultura que ganó en 1995, en la Biblioteca Luis Ángel Arango, institución muy amada por el